



## La rama caída

**N**ADA, no podía; por más que hacía esfuerzos heroicos para auparse y sacar del agua su penacho de hojas verdes de la punta, allí continuaba caída en la orilla, desgajada y mustia la pobre rama; sintiéndose desgarrar poco á poco y desprenderse del tronco, vencida por su propio peso y arrebatada por aquella corriente del río que la sacudía sin cesar. A cada momento creía hundirse para siempre en las ondas, y comprendía que en fuerza de vapulearla los remolinos, acabarían por arrancarla del todo.

¡Y considerar que en tanto sus compañeras del árbol desplegaban su pomposa fronda verde, sin acordarse de aquella pobre rama caída! Todas, todas las que se agrupaban en la copa entrelazándose y formando una red, todas las que se erguían

frescas y espléndidas, fueron un día camaradas y se juraron amistad eterna, en la edad dichosa de la juventud y la abnegación. ¡Qué desgraciada se sentía!. Sus hermanas de árbol tenían ya sus hojas nuevas, sus ramas púberes, su olor de Abril, sus nidos atestados de crías, y mientras, la desdichada, partida por la desventura, desangrándose, perdiendo su savia, se bamboleaba batida por el golpeteo continuo del curso del arroyuelo.

Nada; y sus hermanas de copa no se acordaban de ella ni poco ni mucho, como si no hubiera existido nunca, cuando precisamente lo que debieran de haber hecho era inclinarse hasta recoger la rama caída y levantarla, para que se curase sobre el musgo de la orilla ó entre la fronda de las demás, sobre que no les costaba mucho el trabajo de agacharse y tender una mano á la desvalida.

Así, pudriéndose, reblandecida por la humedad permaneció Dios sabe el tiempo la rama, bailando una danza eterna, gimiendo sin encontrar eco á su pena, sin esperanza, sin que los insectos acuáticos se dignasen parar mientes en ella, y sin que los renacuajos la tomaran de puente por su falta de estabilidad y fijeza.



Un día el riachuelo se creció; llevóse lloviendo más de cuarenta horas, y cuando la rama quiso ponerse en guardia, se encontró hundida en el remolino de la avenida que venía rugiendo, sucia, turbulenta, precedida de un tropel de hojas secas, de papeles, de palitroquitos, de espuma blanca. Aquello no era ya el agua transparente, cristalina, humilde, que se contentaba con besar mansamente sus hojitas mustias y su tallo endeble; aquello era el aluvión que destruye cuanto encuentra por delante, la crecida impetuosa que se desborda y devasta todo lo que halla al paso, desgajándolo como si lo cercenara con una cuchilla...

La rama no estaba prevenida; la sorpresa la dejó aterrada, indefensa, sin voz; trémula de espanto, quiso resistirse, apartarse, huir; se sintió cogida por el oleaje, arrastrada por la corriente; entonces comenzó á pedir socorro llamando á sus antiguas compañeras de árbol, sin que se oyeran sus gritos ahogados por el rumor del agua, y por fin, sacudida atrozmente, y arrancada de pronto por un golpe del aluvión, rodó al río, que se la llevó hacia abajo, para no devolverla jamás.

## ÍNDICE

	Págs.
La tirria del Tribunal. . . . .	1
La ropa de la lluvia. . . . .	11
La asonada. . . . .	15
Calma. . . . .	49
La tinta del Maestro. . . . .	23
Camino del Cielo. . . . .	27
Bajo el canalón. . . . .	35
La Mariposa. . . . .	41
Las Gayombas. . . . .	46
Graduandos de melón.—(Apuntes de un mal estudiante). . . . .	52
El Tío Tragagentes. . . . .	59
Flores de nieve. . . . .	72
El lavatorio de la muñeca. . . . .	82
La Caballada. . . . .	88
El mejor regalo. . . . .	95
¡El maldito mapa! . . . . .	102
El Perro negro y el Faldero blanco. . . . .	106
La pesadilla del Nacimiento. . . . .	112
El año viejo. . . . .	118
La apuesta. . . . .	123
El cocinero enamorado. . . . .	128
La descarga de nieve. . . . .	134
El bicho del reloj . . . . .	138
Los mostachos del Santo. . . . .	145
El Ángel de la Guarda. . . . .	149
El Juego del Cirto. . . . .	155
El rayo de sol. . . . .	160
La rama caída . . . . .	164







BIBLIOTECA PUBLICA



Biblioteca Moderna



ANTONIO J. BASTINO  
EDITOR